

mezquita mayor de Córdoba ¹, Alí ben Ahmad ben Asch Al-Falimi de Toledo ², Alí ben Muhammad ben Dire ³ y otros, justifican el lugar que le concedemos en este sitio.

Compartia con él la celebridad, en punto al conocimiento de tradiciones, el rauí ó recitador de ellas, Muhammad ben Muhammad ben Abdirrahman ben Giamahir Al-Hixari, quien despues de un viaje á la Meca en compañía de su tío Abo-Bequer, acaudalada su inteligencia con las lecciones de ilustres maestros en Oriente y en Egipto, falleció en su ciudad natal, bajo la dominacion de los cristianos, año 1095 ⁴. Superaba en crédito, sin embargo, á los dos jurisconsultos mencionados el celebrísimo Ahmad ben Abdirrahman ben Mothahir Al-Ansari, discípulo del último y autor de una historia de alfaquíes y alcaldes (cadíes) de la ciudad de Toledo, donde murió bajo el gobierno de Alfonso VI, al año siguiente de 1096 ⁵. Demás de estos literatos de primer orden gozaban de no escasa nombradía en aquella ciudad á fines del siglo XI los sabios

1 Aben-Baxcual, O. C. MS. de la Biblioteca Nacional, pág. 110.

2 Id. id., pág. 265.

3 Aben-Al-Abbar. *Tecmila*, MS. de la Biblioteca Nacional, pág. 93.

(4) وتوفى بمدينة طليطلة اعادها الله في أيام التصارى دمرهم الله سنة ثمان وثمانين وأربعمائة. «Murió en la ciudad de Toledo (el Señor la devuelva al Islam), en días de los cristianos (confúndalos Dios), año de 488 de la hegira. Aben-Baxcual, texto árabe de la obra mencionada, MS. c., pág. 317.

احمد بن عبد الرحمن بن مظاهر (5) الانصارى من اهل طليطلة يكنى ابا جعفر روى عن ابى بكر جماهر بن عبد الرحمن وابى عبد الله محمد بن ابراهيم بن عبد السلام الحافظ وابى محمد بن قاسم بن هلال وابى جعفر الشارقى وابى محمد جعفر بن عبد الله وابى عمر بن مغيث

والقاضى يوسف ابن خضر والقاضى محمد بن خلق وجياعه كثير سواهم وعنى بسماع العلم ولقا الشيخ والخذ عنهم وكان له بصر بالمسائل وميل الى الاثر وتقييد الخبر وله كتاب فى التريخ فقها طليطلة وقضاها اخبرنا به الحاكم ابو الحسن بن بقى وغيره وقد نقلنا منه فى كتابنا هذا ما نسبناه اليه وكان ثقة فيما رواه ونقله وتوفى بطليطلة فى ايام التصارى دمرهم الله سنة تسع وثمانين وأربعمائة

Estudió el toledano Ahmad ben Abdirrahman ben Mothahir Al-Ansari, sobrenombrado Abo-Giafar, bajo la direccion de los maestros Abo Bequer Chamaher ben Abdirrahman, Abo-Abdillah Muhammad ben Ibrahim ben Abdisalem el jafiz, Abo-Muhammad ben Qesim ben Hilel, Abo-Giafar Ax-Xariquí, Abo-Muhammad Giafar ben Abdillah Abo-Omar ben Mugeits, el cadí Yusaf Aben-Jidr, el cadí Muhammad ben

vecinos de la misma, Muhammad ben Alí ben Ibrahim Al-Omeui ¹, conocido por Aben-Cardil, Muhammad ben Yahia ben Mudhahim Al-Ansari ² y Aben-Al-Adil Abdallah ben Muhammad ben Omar ³.

Cundiendo el influjo de la escuela toledana, como hemos apuntado arriba, por los lugares situados en su territorio y aun en los aldeaños y límites, acudian á ellos sus sabios, señaladamente á Talavera, donde haciendo su habitacion numerosa série de ilustres faquíes y cadíes, constituyéronla en una segunda capital de cultura. Bien que ajeno de nuestro propósito el historiar menudamente las vicisitudes de las escuelas de dicha villa, empresa que nos llevaria demasiado lejos, dado que pudiéramos hacerle rostro con el ligero pertrecho de algunas notas biográficas, haremos especial mencion de los sabios Muhammad ben Ahmad ben Hazm Al-Ansari ⁴, Marzuq ben Jalaf ⁵ y Abderrahman ben Sad ben Xamech ⁶, maestros insignes de clarísimos varones.

En Uclés florecia á la sazón Abdallah ben Yahia At-Togibi, sobrenombrado Aben-Al-Guahxi, quien despues de haber estudiado en Toledo bajo la direccion de los reputados maestros Abo-Abdillah Al-Moguemi, Abo Bequer ben Chamahir y Hazim ben Muhammad, grangeada alguna reputacion literaria, se retiró á su pais, donde obtuvo entre sus correligionarios el puesto de juez, que desempeñó largo tiempo ⁷. Hasta en

Jalaf y otros de igual fama, y cuidó de oír la ciencia, buscando sabios y adoctrinándose de ellos. Tenia agudeza para responder á las preguntas, y era de suyo dado al razonamiento y lozanía en el discurso. Escribió un *Libro sobre la historia de los alfaquíes de Tolétula y de los alcaldes de la misma ciudad*. Entre otros nos ha dado noticias del mencionado historiador Abo-l-Hacen ben Baquí, de quien trasladamos lo que antecede, refiriéndonos á sus expresiones. En cuanto á nuestro sabio, fué muy veraz en lo querefrío y comunicó. Ocurrió su muerte en Tolétula en dias de los cristianos (confúndalos Dios) año 489 de la hegira». *O. C.*

1 Aben-Baxcual, MS. citado, pág. 312.

2 Id., pág. 317.

3 Id., pág. 174.

4 Este sabio, natural de Toledo y discípulo de Muhammad ben Ahmed ben Bedr, fué alcalde mayor de Talavera, y murió el

año 1086. Aben-Baxcual, MS. citado, pág. 312.

5 Abo-l-Gualid Marzuq ben Jalaf, natural de Talavera, muerto en 1090, habia estudiado en la Península y en el Oriente bajo maestros mudejares, formando á su vez doctísimos discípulos entre sus compatriotas. *Ibidem*, pág. 361.

6 Discípulo Aben Xamech del anterior, bajo cuya direccion estudió en su pais natal, tuvo tambien por maestro al insigne alfaquí de Toledo Abo-Abdillah Al-Moguemi, falleciendo entrado ya el siglo XII, el año 520 de la hegira. *Ibidem*, pág. 214.

7 Escribió una obra intitulada: كتاب في شرح الشهاب *Comentario á la Llama*: probablemente declaracion del libro que con este título *Ax-Xihab* (la Llama) habia escrito Abo-l-Hagiag Al-Codai. *Idem*, pág. 176. Murió el año 502 de la hegira

los confines del reino de Castilla; vivían entre los cristianos sabios formados en la escuela de Toledo, de lo cual parece indubitado testimonio el crecido número de maestros de Medinaceli que se nombran por esta época, tales como Isa ben Abi-Jonas ben Asel Al-Lajmí y Jonas ben Isa ben Jalaf ¹. Pero si aun eran harto estimables las reliquias de la ciencia arábica que permanecieron en la ciudad de los Eugenios y Julianes después de la reconquista, no parecían de menor consideración las que pasaron á decorar los últimos esplendores de aquellas córtes, que en Badajoz, Sevilla, Valencia y Zaragoza hacían gustar á los árabes de Al-Andalus el sabroso manjar de la independencia. Á ellas, como asimismo á Córdoba, la ciudad de los grandes recuerdos, á Granada, la antigua fortaleza de Zenetes y Gazules, y al país de allende el mar, conocido con el nombre de *Idua*, replegábanse sucesivamente los discípulos de Al-Moguemi, Jalaf ben Saíd ben Jeir, Ali Al-Fahmí y Ali ben Muhammad ben Diré, el discípulo de Marzuq y de Abo-l-Motharef el sabio Muhammad Abo-Amir ², el ya mencionado Aben-Cardil, Abdallah ben Farg ben Gazlon Al-Yahsebi ³, Isa ben Ibrahim, Abderrahman ben Muhammad ben Salema Abo-l-Motharef, Hixem ben Muhammad ben Moslema Al-Fehri, Hixem ben Muhammad ben Ibrahim ben Quesim Al-Becrí, Ahmad ben Jalef ben Hixem Al-Quireni ⁴, Isa ben Ibrahim ben Abdirrahman ben Giahor Al-Caisi de Talavera, el madrileño Yahia ben Muhammad ben Fath Aben-Al-Hach y Saíd ben Muhammad ben Saíd Al-Giamami de Guadalajara ⁵.

Acudieron no pocos á Valencia en compañía de su rey Al-Cadir, cuyo trono se sostuvo siete años difícilmente, y esto, merced á la protección de los cristianos. Florecían á la sazón en la ciudad del Turia algunos literatos insignes, entre los cuales gozaban de alto renombre, demás del poeta Aben Lupon y de su amigo el bibliófilo Abo-Muhammad Aben-Hayyen Al-Aruxa, celebrados en las historias castellanias ⁶, el respetá-

(1108 de J. C.). *Ibidem*.

¹ Murió el primero de estos lectores del Corán en su patria, año 482 (1090 de J. C.), el segundo en 508 (1114). De ellos y de sus maestros trata Aben-Baxcual, *O. C.*, páginas 378 y 373.

² Aben-Al-Abbar, *Quiteb Al-Moáchem* (Alfabeto ó Biblioteca histórica), MS. de la Biblioteca Nacional, Gg. 13, páginas 93 y 328.

³ Aben-Al-Jatib, *Al-Ihata* ó Enciclo-

pedia biográfica. MS. de la Biblioteca Nacional, Gg. 27, pág. 458.

⁴ Aben-Baxcual, MS. citado, págs. 299, 317 y 374.

⁵ *Ibidem*, págs. 270, 385 y 138.

⁶ La *Estoria de España*, Parte IV, refiere que muerto Abo-Becr Abdalaziz, rey de Valencia, y estando para llegar Al-Cadir con sus castellanos, «quiso retraerse Aboiça Aben Lupon» á un castillo suyo, llamado Murviedro; pero aconsejado por un

do muftí Muhammad ben Rebia Abo-Abdillah, natural de Alcira, y el alfaquí Muhammad ben Sad ¹. Muerto el último el año 1092, que fué el del asedio de aquella ciudad por el Cid, alcanzó el segundo la dominación del Campeador, hasta que falleció en 1094, el mismo año en que bajaba á la tumba el citado Aben-Al-Aruxa, legando á sus herederos selecta cuanto numerosa biblioteca, testimonio claro de sus cultas aficiones ².

Menos intolerante don Alfonso VII, según hemos probado anteriormente, de lo que nos le representa el por otra parte diligente historiador Mr. Circourt, mostró alta estimación por los literatos musulimes, y al par que se complacia su grandeza con que en sus triunfos saliesen á recibirle los árabes toledanos, cantándole alabanzas en su idioma nativo ³, conservaba las madrisas y sus maestros en los lugares sometidos á sus armas victoriosas.

En virtud de esta tolerancia no solo vemos florecer en Guadalajara al ilustre literato Abderrahman ben Quesim ben Muhammad, conocido por el gramático ⁴, sino que en la alta frontera de Andalucía, señoreada por sus armas, continuaba sus concurridas lecciones el docto muslim

escribano, su amigo, llamado «Mahomad Aben Hayyen Al-Aruxa», determinó que-
darse.

¹ Aben-Baxcual, MS. citado. págs. 315 y 227.

(2) عبد الله بن حيان بن فرحون
بن علم بن عبد الله بن موسى بن
ملك بن جدون بن حيان الانصارى
الاروشى سكن بلنسية يكنى ابا محمد
سمع من ابي عمر بن عبد البر كثيرا
وعثمان بن ابي بكر السفاقس و ابي
القاسم الافليلي و ابي الفضل البغدادي
وشيهرهم وكان له همة عالية في اقتنا
الكتب وجمعها جمع من ذلك شيا عظيما
وتوفى في نصف من شوال سنة سبع
وثمانين واربعمائة ذكره ابو محمد الرشاطى

عبد الله بن محمد بن احمد العربي
المعافى من اهل اشبيلية *

«Abo-Muhammad Abdallah ben Hayyen ben Farhon ben Ilm ben Abdallah ben Musa ben Malc ben Hamdon ben Jayyen Al-Ansari Al-Aruxa, habitante de Valencia, escuchó por mucho tiempo las lecciones de Abo-Omar Abdilbarr, y asimismo las de Ostman ben Abi-Bequer el de Sifacos, Abo-l-Quesim Al-Afili, Abo-l-Fadl Al-Bagdadi y otros. Tenia gran solicitud en lo tocante á adquirir libros y reunirlos en biblioteca, allegando de ellos gran número. Murió á mediados de Xauel del año 487 de la hegira (1094 de J. C.). De él hace mención Abo-Muhammad Ar-Roseti Abdallah ben Muhammad ben Ahmad Al-Arabi Al-Moáferi, natural de Sevilla». O. C., p. 176.

³ Véase el capítulo V de esta Primera Parte, pág. 68.

⁴ Aben-Baxcual MS. citado. pág. 238.

Abdallah ben Sahl Abo-Muhammad, llamado vulgarmente Al-Guachah Nafij ¹, esto es, el inspirador ó *saludador*, nombre con que en Castilla se ha acostumbrado á designar una virtud ó propiedad de ciertos hombres, que presumen de absorber la hidrofobia con su aliento, mediante el auxilio de ciertas preces. Era natural de Granada, y tan perito en las ciencias filosóficas y matemáticas, de cuyo conocimiento alcanzó nombradía aun en países remotos, que los judíos y cristianos confesaban unánimemente, que no tenía quien le igualara en profundidad de doctrina. Atraídos de su fama, concurrían á Baeza discípulos de tierra de Castilla, ganosos de recibir sus lecciones. Gustaba en particular de conversar con los clérigos, así en lo tocante á asuntos de religion como acerca de otras materias científicas. Abandonada Baeza por los cristianos, retiróse á Nadr-ben-Homoxq, donde murió el año 1158, dejando notables monumentos de su saber en concienzudos escritos ².

Ni deja de llamar la atención en la literatura arábigo-mudejar de esta época la importancia creciente de los maestros hebreos como depositarios de la ciencia árabe, importancia que sube de punto en la segunda escuela toledana, de que hablaremos en breve. Tal fenómeno, que comienza á apuntarse en la corte del conquistador de Baeza y Almería con el crédito no muy justificado del judío Honain, señalóse con mayor significación en la de su nieto don Alfonso VIII, teatro de los lauros políticos y literarios del isrealita Ibrahim Aben-Al-Fajer. Pagado de su gran talento el padre de la ilustre doña Berenguela, no solo alentó sus ejercicios poéticos y retóricos, sino que utilizólos oportunamente, enviándole de embajador á las cortes de los musulimes, donde sirvió á los intereses de Castilla con ingenio y sagacidad no vulgares.

Creció su valimiento con tan buenos servicios; y ora excitados por la destemplada altanería de Ben-Al-Fajer, ora aguijados por los odios religiosos, ni los señores cristianos, ni los mudejares sufrían de buen grado los orgullosos alardes del judío ³.

(1) الوجه نافع

² Aben-Al-Jatib. *Al-Ihata.*, MS. citado, pág. 423.

³ Cuenta Aben-Said que, como despues de su elevacion fuese tratado por un particular tan depresivamente como antes, escribió unos versos que decían de esta suerte:

«¡Ay de aquel que juzga dos cosas semejantes, carece de entendimiento con que pueda valerse!

»Aunque mires cómo iguales la abundancia y la pobreza, la humildad y la elevación, todavía no dejarás de afligirte y sentir disgustos.

»¿Por ventura es lo mismo en la tierra la

Amargáronle parecidos desabrimientos hasta en el país de los infieles, donde á vueltas de la consideración debida al poderoso monarca que le enviaba y á su indisputable talento, fué blanco su condición de judío de más de una punzante invectiva.

Contaba él mismo que estando de embajador del monarca castellano en la corte de Al-Mostansir, sultán de los almohades, como entrase en el jardín de este príncipe, maravilla de hermosura, confiada á la guarda de un portero de extraordinaria fealdad, habiéndole preguntado el guazir, cómo le había parecido, contestóle, que lo hubiera creído el Paraíso, á no tener entendido que en la puerta de aquel lugar se hallaba Riduan, ángel de la alegría, no Malic, portero del infierno. Y añadía, que habiéndose reído el guazir, comunicó al califa lo ocurrido, quien se expresó de esta manera: «Dile que lo hemos dispuesto de ese modo, porque colocado en la puerta Riduan, hubiera sido de temer que le desechase, como que tal lugar no le correspondía, mientras Malic le había de dar entrada fácil, ignorando lo que guardaba». Dotado de buenas facultades poéticas, y lleno de adhesión por Alfonso, dedícióle unos versos arábigos, que decían:

«La corte de Alfonso no envejece, los días pasados en ella son como días de boda».

«Quítate las sandalias en señal de respeto en su tierra, porque ella es el asiento del espíritu de santidad»¹.

Tampoco es para olvidado el influjo de los moros de la frontera, que

eminencia que el montecillo? Buscarás el llano, y tendrás que caminar por cumbres.

»Posible es que no hayas obtenido distinción de aquel á quien la pedías, por estar acostumbrado al estado de ocio.

»Pero mudadas nuestras relaciones no exijas de mí lo que solías», etc.

Al-Maccari, *Analecta*, t. II, pág. 354.

(1) حضرة الاذفنش لا برحت

غادة أيامها عرس

فأخلع النعلين تكرمته

في ثراها انها قدس *

Por el mismo tiempo florecía en Toledo

otro israelita, médico de profesión, llamado Suleyman ben Nahmix, según parece de la lectura de un MS. conservado en el Escorial, copia del libro de Rasis, intitulado el *Comprensor*, escrito para su uso por el calígrafo mudejar Muhammad ben Al-Gualid Al-Bayesi. Dicha familia debió ser muy fecunda en médicos, ofreciéndose todavía en tiempo de San Fernando la memoria de otro judío de la misma profesión, llamado Abo-l-Hegiag Yucef ben Abi-Ishaq ben Nahmix, para cuya biblioteca terminó asimismo en Toledo á 25 de Mayo de 1226, el calígrafo Yuçaf ben Muhammad At-Tanugí, la copia de las partes VI, VII y VIII del libro de medicina citado. Casiri, t. I, págs. 257, 258 y 260.

nes á las veces concurrían con los hebreos á mantener las disciplinas de los mudejares ¹.

Pero si las conquistas de los tres Alfonsos que sucedieron al nieto de Sancho el Mayor, contribuyeron á los progresos del mudejarismo, logró este sus acrecimientos superiores en la época de Fernando III. En el reinado de este soberano, reunidos en pacífico vasallaje todos los estados musulimes de la Península, fortificadas las tradiciones de los árabes de Toledo por los despojos de la cultura oriental, que ofrecían los mudejares de Murcia, Córdoba y Sevilla, hubo una especie de exuberancia en la influencia del pueblo mudejar, cuya literatura penetra más que nunca en el fondo de tradiciones comunes á la sociedad castellana. Efecto de esta penetración es la autoridad, que comenzaron á tener entre los cristianos los libros de historia y de ciencias físicas, escritos por los árabes, crédito que alcanzaron también sus obras de amena literatura y filosofía.

Conforme á lo que acabamos de exponer, cuenta el diligente Loaysa que habiendo ocurrido dudas al conquistarse Valencia por los aragoneses acerca de la jurisdicción eclesiástica sobre aquella ciudad, que se disputaban las iglesias de Toledo y Tarragona, recurrióse á un moro y á un judío, quienes citando la autoridad de Rasis ² y de Abiba Cacahabi ³, decidieron la controversia á favor de Toledo ⁴.

Señalamos anteriormente la reputación de que disfrutaban en Murcia, al verificarse la reconquista, los dos hermanos Aben-Sabin y el clarísimo Al-Carmothi, quien mereció por largo tiempo ser profesor asalariado de parte del rey de Castilla ⁵. Por efecto de una circuns-

¹ En este concepto, no parecerá fuera de propósito decir algo de las relaciones literarias, mantenidas con los cristianos por un hijo del protector de Al-Hixari en Alcalá de Aben-Zaide, el famoso Muhammad ben Abdilmalic ben Said ben Jalaf, conocido vulgarmente por Ben-Jaser de Córdoba. Era este Muhammad, famoso en la historia de la literatura árabe por ser uno de los colaboradores del *Mogrib*, fácil poeta y varón esclarecido, y aunque obtuvo gobiernos de importancia de los soberanos almohades, pagábase sobremanera de la amistad de los cristianos. Tenía además grande afición á la caza de montería, en cuyo ejercicio, con

aparato de criados, caballos y perros, desplegaba un lujo verdaderamente régio. Aficiónósele Alfonso IX, de quien fué familiar y amigo en sus últimos años, llegando la amistad al punto de cargarle sus correligionarios reputación de apostasía. Murió el año 1193 de J. C. Ben-Al-Jatib, Casiri, t. II, pág. 92. MS. de la Bib. Nac., p. 299.

² Ar-Razi.

³ Aben-Habib As-Solami.

⁴ *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica del Moro Rasis*, t. VIII de las de la Real Academia de la Historia.

⁵ Aben-Al-Jatib en su *Al-Ihata* (MS. citado, págs. 207 y 208) refiere que forza-

tancia que no es para puesta en olvido, aquel reino, que se habia mantenido casi siempre con independencia absoluta de almoravides y almohades, merced á la proteccion cristiana, bajo la cual habian vivido Seifadola, Aben-Merdenix y Aben-Hud Al-Motaguaquil, como menos lastimado que los otros estados musulimes de la Península por las persecuciones antiliterarias de los africanos, conservaba más vivos los elementos de la antigua cultura arábica, influyendo no poco, á lo que parece, en la educacion intelectual del sapientísimo Alfonso X y de su ilustrado sobrino don Juan, hijo del infante don Manuel. No pretendemos por esto minorar el valor de la escuela sevillana, utilizada más de una vez, como observaremos adelante, por el autor del *Conde Lucanor*, y de cuya existencia ofrecen no insignificante testimonio, junto con otras tradiciones estimables, los escritos del ilustre poeta y teólogo, natural de Arcos, Abo-Bequer Muhammad ben Alí ben Muhammad ben Ahmad ben Al-Fajer Al-Giadhmi, quien permanece en su ciudad natal despues de la conquista por San Fernando, hasta los tiempos en que pierden los musulimes por la rebelion las más preciadas entre sus libertades y franquezas ¹.

Respecto de don Alonso el Sabio, aun dejada aparte la muchedumbre de etimologías arábicas que aparecen explicadas en sus obras, con multitud de citas muy de propósito relativas á escritos árabes conocidos, es harto probable que permaneciendo por largo tiempo en el antiguo reino de Teodomiro, llegara á familiarizarse con el idioma docto de los musulimes. De cualquier manera que sea, averiguado está cuán formal empeño mostrara en pasar al naciente lenguaje castellano cuantos libros interesantes pudo haber, escritos por los sarracenos, fomentando de esta suerte una manera de renovacion en la antigua escuela toledana, acaudalada con el contingente ministrado por las últimas escuelas de Murcia y de Sevilla. Siendo todavia infante, y el año mismo de la con-

do por las excitaciones del rey de Castilla, quien aspiraba á persuadirle que renunciara al Islamismo, aceptó las invitaciones del segundo monarca granadino de la casa de Nasar, hecho que ilustra suficientemente acerca de la época en que saliera del territorio de Castilla, la cual debió ser posterior al año 1272, en que ascendió al trono aquel monarca.

¹ Fué el dicho Abo-Bequer autor de más de treinta obras notables, entre las cua-

les llama nuestra atencion una «Breve respuesta á preguntas que le habian dirigido, sobre lo ilícito de la permanencia de los musulimes en el territorio de los cristianos», con

este título: كتاب الجواب المختصر المروم

في تحرير سكنى المسلمين ببلاد الروم

Aben-Al-Jatib, *Al-Ihata*, MS. de la Biblioteca Nacional, pág. 225.

quista de Murcia, que fué el de 1241, mandó traducir á nuestra lengua el libro *Lapidario*, trasladado del caldeo al árabe por el orebzo, autor de los adornos de la Giralda de Sevilla, que no fué otro sino el insigne naturalista y mecánico Abo-Layts ¹. Habíale recogido en Toledo de manos de un judío, que no le aprovechaba, el célebre rabino Jehuda ben Mosca, quien de orden del príncipe trabajó en ponerlo en castellano con el auxilio de Garci-Perez, clérigo muy versado en astronomía. Entre los dos dieron remate á una version muy castigada, que trataron de enriquecer aun los traductores con la declaracion en castellano del *Lapidario* de Mahomad Aben-Quich, muy estimado de los doctos.

Elevado al trono don Alonso en 1252 y con mayores medios materiales para llevar á logro sus levantadas empresas científicas, dirigió no infructuosos desvelos á conservar las reliquias de ciencia oriental que aun se guardaban en sus estados, consociando los esfuerzos de árabes, judíos y aun castellanos para producir una segunda escuela de Toledo, que continuando los laudables esfuerzos de la primera, en lo relativo á ciencias naturales hiciese imperecedera la memoria de su reinado en los anales de las ciencias. Á este fin comenzó por encargar al rabino citado, en union con Rabbi Zag ben Zaquit, el rectificar en Toledo los cálculos que habia hecho Az-Zarquiél, para lo cual previno se labrasen en dicha ciudad, el edificio y los instrumentos indispensables, para armar un observatorio. Á pesar de la importancia de los trabajos, que se hubieron menester al efecto, quedó concluida la rectificación en breves meses, formándose todos los cómputos con arreglo al meridiano de Toledo y á la era que denominaron *Alfonsí*, porque la comenzaron á contar en aquel primer año de su reinado ².

Cuatro despues apareció el *Libro de la Ochava Sphera é de sus XLVIII figuras*, traducido «de aráuigo é de caldeo por Jehudah Ha-Cohem, alhaquim (sabio ó consejero) del rey don Alfonso, y maestre Johan Daspa, so clérigo», obra de pormenor interesantísimo, en que se ponen las correspondencias de los signos y constelaciones, en latin, griego, arábigo y castellano, con la adición al fin del *Libro de la Sphera redonda*.

Dichos sabios tradujeron por encargo real en 1259 el *Libro del Al-*

¹ ...«Quiso Dios, se leen el manuscrito, que viniese á manos del noble rey don Alonso, fijo del muy noble rey don Fernando é de la reina doña Beatriz, seyendo in-

fante en vida del rey su padre, en el anno que ganó el reino de Murcia». *Historia crítica de la Literatura*, t. III, pág. 630.

² *Ibidem*, pág. 634.

cora, escrito en arábigo por el oriental Costha (Alcozzi ben Luchah), añadiéndole un capítulo al fin y cuatro preliminares.

Escribió asimismo el nombrado Rabbí Zag, conforme á lo mandado por el monarca, «*Los Astrolabios llano y redondo*», materia en que pretendió combinar datos de su peculiar observacion con lo mejor recogido en los escritos árabes; mientras maestre Fernandez de Toledo encargábase de la traduccion del *Libro de la Açafeha* الصفحة (lámina ó planisferio) de Az-Zarquiel, llamado *Al-Memonia* por estar dedicado á Al-Memon, rey de Toledo ¹. Merced á estos trabajos y á los de don Bernaldo, *el arábigo*, encargado en union con el alhaquem don Abraham de revisar el trabajo de maestre Fernandez sobre la citada *Açafeha*, verificábase una especie de renacimiento en los estudios astronómicos de los musulimes españoles, que no pudo dejar de encontrar eco en los mudejares de toda la Peninsula. Pruébalo así entre otros documentos la obra que *sobre el Astrolabio universal* concluyó en el año 1274 (675 de la hegira) el sabio Abo-l-Hosain Aben-Aum Aben-Mas, morador de Medinaceli ².

Tambien hizo componer don Alonso un tratado *sobre la lámina universal*, en el cual se expone la manera cómo se debe hacer dicha lámina, á semejanza de la que se hiciera en Toledo en tiempo de Azzarquiel y de la cual sacara el astrónomo la suya. Consta de seis libros: en el primero explica Rabbí Zag el modo de construirla, y en los cinco siguientes traduce á Ali ben Jalaf, astrónomo del reinado del citado Al-Memon. Igualmente está tomada la primera parte del *Libro de las láminas*, cuyo traductor se desconoce, del escrito por el árabe Ali ben Alhassan Abo-l-Casim, clarísimo astrónomo, coetáneo, segun advierte el rey don Alonso.

Tradujo por último Zag los *Cánones* de Al-Bateni, debidos á Muhamad ben Giabber y desde 1277 en adelante los cinco opúsculos del *Cuadrante de la piedra de la sombra*, del *Relogio de Agua*, del *de Argent vivo* (azogue), del *Palacio de las horas* y del *Atacir*, no sin preciarse de haber perfeccionado la composicion de tales instrumentos ³.

1 Adviértese en el principio del libro que el mismo autor, yendo á Sevilla, hizo la *Açafeha* «en otra manera más conplida é más acabada, á honrra del rey Aben Abet, que era señor de la cibdad en aquel tiempo, é nombróla por eso *alhabediv*». MS. de la

Biblioteca Nacional, L. 97, fól. 204 v.

2 De ella se conserva una copia, hecha en 1450, en la biblioteca del Escorial. Véase á Casiri, t. II, pág. 392.

3 *Historia crítica de la Literatura*, tomo III, pág. 645.

Demás de esto escribía, por mandato del soberano de Castilla, el Rabí Samuel Ha-Leví un *Libro del Relogio de la candela*, y el insigne Jehudah ben Mosseh Ha-Cohen pasaba al romance del arábigo así el *Libro cumplido de los indicios de las estrellas*, compuesto por Ali ben Ragel, como el intitulado *de las tres cruces*, debido al maestro Obeidullah.

Ni le debió menores esfuerzos la generalizacion de las noticias de la literatura recreativa, filosófica é histórica de los musulimes, como quiera que se extendiese su portentosa actividad á todas las esferas de la erudicion y de la doctrina.

Antes de subir al trono habia hecho traducir á nuestro idioma del latin, á lo que parece, aunque con presencia del texto arábigo, el *Libro de Calila y Dimna*, preciosa coleccion de apólogos, cuya buena acogida pudo servir de estímulo á su propio hermano don Fadrique, para que hiciera trasladar más adelante, en 1253, el libro oriental, intitulado *de los Engaños ó de Cendebute* ¹.

Por este tiempo ó poco antes, y segun puede colegirse, de orden del mismo rey, vinieron al castellano los libros conocidos con los títulos de *El Bonium ó Bocados de oro* (obra que suministró á don Jaime la materia de su *Libro de la Sanieza*), *Poridad de Poridades*, *Enseñamientos et Castigos de Alexandre*, cuyas huellas, así como el recuerdo de las fábulas de Calila y Dymna y libro de Cendebute, aparecen en el texto de la *Grande é general Estoria* y en las *Partidas* ², sin que sea difícil de reconocer la aplicacion y concurso de elementos orientales en el *Libro del Axedrez, Juegos y Tablas*, compuesto por el mismo soberano ³.

Por lo que toca al género puramente histórico, no es menester reproducir al presente todas las juiciosas observaciones, consignadas antes de ahora sobre las condiciones del estilo de la *Estoria de España* y de la *General Estoria* ⁴, el cual parece referirse en mucho á las condiciones de la historiografía arábica. En la primera, la narracion de los sucesos desde la conquista de Toledo á la de Valencia por el Cid, ofrece todo el colorido de una no infiel traslacion de crónicas sarracenas, conservándose la designacion de autores arábigos, como

1 *Ibidem.*

2 *Ibidem.*

3 Las miniaturas de edificios del *Libro de los Juegos*, conservado manuscrito en la biblioteca del Escorial, j. T. 6, son de su-

mo interés para el estudio de la arquitectura mudejar.

4 Dozy, *Recherches. Historia critica de la Literatura*, t. III.

Mahomad Aben-Hayyen y Abo-Iça Aben-Lupon, é incluyendo además la traduccion de una poesia árabe, que es la elegía compuesta por un alfaquí á las desgracias de Valencia. La *Grande y General Estoria* sobre comprender, segun hemos señalado, trozos enteros de la obra de Calila y Dymna, refiere la historia de Abraham y la de *Zulayme* y de *Josef*, á la manera arábica, puesta la vista en los escritos de Abul-Obayd Abdallah ben Abdalaziz Al-Becri Al-Eumbi, señor de Niebla, sirviéndose para la narracion de la primera, segun se declara en el texto ¹, de un libro escrito por el autor mencionado sobre el nacimiento de aquel patriarca, y siguiendo en la segunda la tradicion incluida por el mismo en el *Libro de los caminos y de los reinos*, obra que cita con su propio título arábigo ², gala de erudicion, no rara por cierto, en el cuerpo de la obra, donde se acota oportunamente á Abu-Osbag el Cortobí, á Abo-Ali ben Az-Zeiat, á Aben-Abec (Aben-Abbed) y á otros autores árabes.

Ni se limitó á estos trabajos de aclimatacion el vivo afan, con que cosechaban los hijos de San Fernando los despojos de cultura oriental que sobrevivieran á la ruina del imperio de los musulimes: alternaban con los mismos no menores esfuerzos, dirigidos á una suerte de implantacion de las letras árabes, mayormente por parte de don Alfonso, quien estatuyó para su cultivo cierta manera de universidades arábicas en algunos puntos de su reino.

Al tercer año de su advenimiento al trono fundaba ya en Sevilla *Estudios Generales* de latin y de arábigo ³, y como por *Estudio General*, segun la definicion de don Alonso, Ley VII, tít. 21 de la Partida II, debe entenderse aquel «en que ha maestro de las artes, así como de gramática, et de retórica, et de lógica, et de aritmética, et de música, et de astrono-

1 Cap. VI del tercer libro y sigs.

2 *كتاب المسالك والممالك* Qui-
teb almazahet vthalmelic, esto es, «Quiteb almasalic gualmamalic», obra justamente celebrada por Aben-Hazm en su epístola bibliográfica, y que al parecer llegó á disfrutar el mismo Al-Maccari. Véase la novísima edicion de las obras históricas de este autor, t. I, p. 355.

3 El privilegio otorgado con este motivo en Sevilla á 8 de Diciembre de 1254, dice de esta manera: «É mando que los maestros

é los escolares que vinieren y al estudio, que vengan salvos y seguros por todas partes de mis reynos, é por todo mi señorío, con todas sus cosas, et que no den portadgo ninguno de sus libros, nin de sus cosas que traxieren para sí, et que estudien, et vivan seguramiente é en paz en la cibdad de Sevilla. Et mando é defiengo firmemiente, que ninguno non sea osado de fazerles fuerza ni tuerto, ni demás, ca qualquiera que lo ficire, avria mi yra, et pecharmie en coto mil maravedis, é á ellos todo el danno doblado» *Memorial Histórico*, t. I, p. 54.

mía, é otrosí en que ha maestros é señores de ley, é este estudio debe ser establecido por mandado de Papa ó de Emperador ó de Rey, puede entenderse, segun observa el docto Sr. Amador de los Rios, que tales condiciones, prerogativas y privilegios comprenden al estudio arábigo lo mismo que al latino. Tambien labró, segun dijimos en otro lugar, una madrisa ó escuela arábiga en la capital de Murcia, para que hiciese sus explicaciones el sabio naturalista y matemático Al-Carmoti á cristianos, judíos y moros; pero destruido sin duda aquel instituto con la emigracion del docto murciano, pasó en adelante el estudio de la lengua arábigo y de la hebrea, con el general de artes y teología, al convento de los frailes predicadores ¹.

1 Cascales, *Discursos históricos*, p. 335. Es importante para nuestro propósito, y aun para el estudio de la cultura general de la Península Ibérica, el consignar aquí cuánto debió á la institucion de los Predicadores el estudio y conocimiento de la lengua y literatura arábigo. Apenas existió en efecto casa de dicha orden, donde no se en-

señase la expresada lengua desde su fundacion (1212 á 1220); ejemplo que siguió á fines del siglo el docto en toda erudicion, Raimundo Lulio, estatuyendo en varios puntos del continente y de las islas Baleares la referida enseñanza. (Véase el tomo IV de la *Historia crítica de la Literatura española*, cap. XV de la II.ª Parte).



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

PARTE SEGUNDA.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO I.

Guerras, asientos y capitulaciones de don Sancho IV con el sultan de los Benu-Marines.
—Alianzas con los almohades.—Empresas y conquistas de don Fernando IV en el reino de Granada.

Sosegaba Castilla al cabo de borrascas tan bravas, como habia sufrido años antes; calmaba el viento de la discordia que encendiera el reino en guerras civiles, sentado en el trono don Sancho IV. Ocasión parecia de atajar los daños é inconvenientes que cargaran sobre el estado en las pasadas desavenencias, de poner coto á la desbocada codicia de los grandes y de continuar los trabajos legislativos del Santo Rey y de su hijo don Alfonso, no olvidado el adelantar en la obra de la reconquista, en la cual, ganado lo más, no era conveniente ni honroso detenerse ante los peligros, que dificultaban lo menos. Todo esto se prometian los castellanos del nuevo monarca encargado de regir sus destinos, y todo hallaba buen camino de conseguirse, si él alcanzara vida suficiente á realizar aquellas generosas empresas.

Era el hijo segundo de don Alfonso X príncipe de gallardas disposiciones, y tal que pudiera ser contado entre los mejores de su tiempo, á no afeár su memoria aquella inmoderada sed de reinar, que mostró aun viviendo su padre. Dióse tan buena maña en lo de poner orden en lo concerniente á la administracion de sus estados, que no solo reparó brevemente los efectos de las pasadas alteraciones, sino que se mostró en disposicion de atender con desahogo á las necesidades de la guerra contra la morisma, cuya soberbia no descansaba en promover inquietudes á los habitantes de la frontera, fiando por ventura en la imaginada debilidad de un reino trabajado recientemente por disensiones intestinas.

Cuentan no obstante algunas historias castellanas, que apenas falleciera el Rey Sabio, desembarcó en el territorio de la Península el sultán Abo-Yusuf, quien bien hallado con la paz, envió sus embajadores á Sevilla, al propósito de renovar las treguas asentadas con el rey difunto: ni falta quien pretenda que á la demanda cortés del marinita respondió don Sancho ásperamente, con el ejemplo del látigo que tenía en la una mano, para defender de todo agravio lo que guardaba en la otra. De los escritos árabes parece, por el contrario ¹, que no pasara el amir á España hasta Abril de 1285; dado que no sea improbable que precediera al viaje la proposición hecha al hijo de don Alonso de una suerte de protectorado, semejante al que había ejercido el de Benu-Marin en favor del monarca precedente.

Y es lo cierto, que desembarcado Abo-Yusuf en Algeciras, llegó con sus haces hasta el Guadalete, de donde despachó fuerzas contra Arcos y Sevilla, á cuyas puertas llegaron tambor batiente, no sin haber causado la muerte de crecido número de sus defensores. Atacó el amir en persona á Jerez, mientras sus gentes sorprendían el castillo de Arcos, apoderándose de cuanto encerraba. Llegado á poco su hijo y heredero Abo-Iacob, con ejército de hasta trece mil masamudas y ocho mil berberies, púsole Abo-Yusuf bajo sus órdenes otros veintidos mil hombres de sus huestes, encargándole que fuese á estragar los alrededores de Sevilla. Hasta últimos de Setiembre permaneció el amir asediando á Jerez, en cuyo tiempo no pasó ningún día que no entrasen sus gentes en el territorio cristiano, destruyendo la campiña de Sevilla, Niebla, Carmona, el Axarafe y toda la frontera. Discurriendo, al postre, sobre el modo de verificar la vuelta, vista la poca posibilidad de sostenerse durante el invierno en un país asolado, supo que le estaba interceptado el paso por la armada castellana; pero desplegando actividad pasmosa logró comunicar con el Rif, de donde salida una escuadra de treinta y seis bajeles, no tardó en retirarse la de los castellanos, que era muy inferior en número. Refiere el autor de *El-Cartás* que al levantar el sitio de Jerez el monarca de los Benu-Marin, llegó don Sancho de Sevilla á visitar la ciudad descercada, y horrorizado de los destrozos que encontró, sintió calcinar el fuego de sus entrañas y perdió el sueño.

¹ Véase á D'Slane, *Histoire des Berberes*, t. IV, pág. 116, y *El-Cartás*, página 490, libro donde el autor, coetáneo de

los sucesos, pone el diario circunstanciado de la empresa.

Sea de esto lo que quiera, á poco hallamos que enviara algunos oficiales de su casa y varones de cuenta, pertenecientes al estado eclesiástico y militar, provistos de los poderes necesarios, para ajustar la paz con Abo-Yusuf, quien desconfiando por su parte de los mensajeros, envió su trujaman Abdelhaqq, para que presentara al de Castilla ciertas condiciones de avenimiento, que, al decir del historiador mencionado, fueron las siguientes:

«Que no se pusiera estorbo alguno á los tratos de los musulimes en el pais de los cristianos, ni á su navegacion en los puertos.

»Que no fuese inquietado ningun sarraceno por tierra ni por mar, bien se tratase de los súbditos del amir, *bien de los otros mahometanos.*

»Que el rey Sancho guardase deferencia á los encargos del amir, en los negocios interiores de su reino.

»Que los musulimes pudiesen viajar tierra adentro de Castilla, para asuntos de su comercio particular, *de dia y de noche por todos sus lugares, sin que fuesen inquietados, ni contrariados en lo más mínimo, y sin temor de menoscabo en su hacienda.*

»Que rehuyese en fin dicho soberano toda desavenencia con los sultanes de los musulimes, absteniéndose de hacerles guerra».

Otorgólas todas don Sancho ¹, y movido por las reiteradas insinuaciones de Abdelhaqq, allanóse tambien á visitar al amir en su campamento.

Partiéronse juntos á propósito de complimentarle, incorporándoseles en el camino Abo-Iacob, quien se encargó de acompañarlos hasta los reales marinitas, asentados á la sazón en Zahara. Habia dispuesto el amir para recibirle, que sus gentes se vistiesen de blanco, con lo cual pareciendo como cubierta la tierra por la blancura del traje de los musulimes, formaba harto singular contraste con los soldados de la comitiva de don Sancho, que avanzaban vestidos de negro. Llegaron de este modo hasta la tienda del amir, quien recibió al castellano con los honores

¹ Acerca del pormenor de estas condiciones cabe, que se haya exagerado alguna cosa por parte del autor de *El-Uartás*, quien viviendo en la córte de Abo-Yusuf dirigía-le incienso de continuo; dado que las circunstancias de ser coetáneo de los sucesos y de concertar su narracion con la de otros sarracenos, no dejen de llamar la atencion, mayormente en vista de la parsimonia con

que describen los cristianos esta embajada: «É desde que el rey don Sancho fué en Sevilla (dice la *Crónica de don Sancho el Bravo*, cap. II), envióle á someter su pleito el rey Aben-Yucaf, que se quiso avenir con él». Natural era por otra parte que aunque fuesen ciertas las exigencias del soberano musulim, se representase la embajada con el color que la describe el cronista.

que eran debidos á soberano de tan conocida grandeza. Seguidamente hizo traer el monarca de Castilla los presentes destinados al sultan y á su hijo, que eran muchos en número y elegidos entre lo más precioso de la España cristiana, dado que se contasen además cual objetos estimados y peregrinos, un onagro y dos elefantes ¹. Ofreciéronle por su parte el amir y Abo-Iacob otros regalos no menos ricos y preciados, despidiéndose todos alegres, obligándose en algun modo don Sancho, segun los cronistas arábes, á reunir para el sultan cuantos libros arábigos hubiese en sus estados en poder de cristianos ó judíos ².

Remitióle en consecuencia trece cargas, compuestas principalmente de Alcoranes, comentarios como los de Aben-Athia, At-Telebí y otros, Hadices con sus explicaciones, á la manera del Tehdhib y del Istijcar, y algunos libros de Filología, Gramática y Literatura, todos los cuales fueron enviados por el amir á Fez, y colocados para uso de los estudiosos en una madrisa que habia hecho labrar á sú costa.

Muerto el amir en Algeciras, volvió Abo-Iacob á la Península, donde celebró sus vistas con el rey de Granada, de que resultó cederle cuanto poseian los Benu-Marin en Andalucía, á excepcion de Algeciras, Ronda, Tarifa y Guadix, poblacion la última que hubo de entregársele tambien posteriormente. Vinieron asimismo á encontrarle embajadores del rey de Castilla, con quien ratificó la tregua; pero habiendo entrado despues en relaciones castellanos con granadinos, ora fuese resentido de estos tratos, ora en virtud de hostilidades que le hicieron creer rota la alianza con el hijo de don Alonso ³, escribió desde África á Aben-Irgazen, ge-

1 Aben-Jaldon, texto árabe, publicado por D'Slane, t. II. Parécenos que procedian estas fieras de algunos presentes, enviados al rey de Castilla por un sultan africano en el reinado precedente.

2 La *Crónica de don Sancho el Bravo* dice: «El rey don Sancho fuesse á ver con el rey Aben Yuçaf en un lugar que decian *Peña ferrada*, y pusieron ay sus pleytos y sus posturas. Y en el pleyto fué puesto que diesse el rey Aben Yuçaf al rey don Sancho dos cuentos, y diógelos luego, é partiéronse entonces de allí y vino el rey para Sevilla». Aunque las historias arábicas cuentan de muy diferente manera el suceso, nada impide aceptar que el rey Abo-Yusuf le

auxiliase en dinero, como á su padre, dado que estos dos cuentos no fueran cantidad anticipada, segun pudiera presumirse, por el valor de los libros. No disimularemos, sin embargo, que el número de obras enviadas por don Sancho, (á lo sumo 1.300 libros, segun el cálculo de D'Slane), aunque considerable y de interés como signo de la difusion de la cultura arábica entre los cristianos é israelitas, no parece corresponder enteramente á aquella enorme suma de dinero.

3 Los historiadores arábes colocan primero el rompimiento de la tregua por parte de don Sancho.

neral que habia dejado en Algeciras, para que en son de amenaza, mientras él venia á reforzarle, caminara sobre Jerez, asolando el país de los cristianos. Prevínose don Sancho, enviando bajeles cruceros, llegados de las costas de Vizcaya y de Astúrias, con otros traídos á sueldo de Génova, todo para impedir al amir el paso del Estrecho, medida á que ocurrió Abo-Iacob enviando su flota á la persecucion de aquellos buques. Afortunadamente la expedicion naval de los musulimes no tuvo éxito alguno, perdiéndose por la indisciplina de la tripulacion trece naves, que cayeron en poder del almirante de la escuadra castellana. Con todo, desembarcó el amir en Tarifa, y despues de algunas correrías, talando el país, replegóse á Algeciras, de donde pasó al África.

Hallábase receloso Aben-Al-Ahmar de la política de los Benu-Marines, discurriendo la manera de verse libre de aquella pesada proteccion, que sin quitarle el cuidado de las armas cristianas, parecia redundar en descrédito de su autoridad y señorío. Resuelto á desembarazarse de aquella suerte de tutela, rompió abiertamente con el amir, y avenido con don Sancho, dispusieron ambos tomar á Tarifa en el Estrecho, para impedir nueva vuelta de Abo-Iacob á Andalucía.

Concertados en las operaciones y plan de la guerra, encargóse Aben-Al-Ahmar de la manutencion de todo el ejército, quedando al cuidado de don Sancho lo concerniente á las operaciones del cerco, y direccion de los ataques. Comenzó el monarca cristiano á activar el sitio, armando contra la ciudad sus máquinas de guerra é interceptando los convoyes enviados á los sitiados, mientras ocupaba su flota el Estrecho y les quitaba las esperanzas de ser socorridos. Estableció por su parte Aben-Al-Ahmar, provisto campamento en Málaga, desde donde hacia pasar á los reales de don Sancho, cuanto pudiera ser necesario al logro de la empresa, así municiones como víveres. Fué la primer ventaja conseguida en esta guerra la rendicion de Estepona, que se entregó á poco de ser sitiada, rapidez compensada largamente en el difícil sitio de Tarifa, ciudad que solo fué desocupada por los marimitas despues de cuatro meses de asedio, obtenidas para sus habitantes condiciones muy ventajosas, que fueron fielmente guardadas por don Sancho.

Esto sucedia en 1292, á la sazón en que solicitaba muy de propósito el rey de Tremezen llamado Otsman, hijo del famoso Yagmorazen, la amistad de los soberanos españoles contra los Benu-Marines. Enardecido en sus esperanzas por la toma de Tarifa, envió á su privado Aben-Beridi con una embajada para que tratase la alianza con don Sancho.

Recibióla muy bien este príncipe, como quien aprovechaba las ocasiones de aparejarse con más elementos para la lucha con su formidable contrario el de Marruecos, y aun despachó, al fin de afianzar más la alianza, para que acompañase á su vuelta al enviado y saludase de su parte al sultan, á un religioso llamado fray Rodrigo.

Verdad es que á poco se le enemistó el rey de Granada, y un su hermano rebelde, el infante don Juan, dirigia un ejército marroquí contra Tarifa; pero la estrella de los Benu-Marin comenzaba á eclipsarse y defendia la ciudad recién conquistada el heroísmo de don Alonso Perez de Guzman, el Bueno. Ni faltó mucho para que castigase su negra alevosía la escuadra de don Sancho, la cual hubiera cortado la vuelta á los musulmes, si avergonzados y temerosos no tornasen aceleradamente á África.

No por eso cesaron enteramente las correrías de los moros por la frontera: estragábanla con sus algaras muchos guerreros del reino granadino, en particular por la parte de Murcia, donde penetrando el alcayde de Vera con mil quinientos caballos, fué detenido en su atrevida expedición por un niño de doce años, que no contaba más edad el rico-home don Juan Manuel, adelantado de la frontera, y de la sangre real de Castilla, no menos diestro en el ejercicio de las armas que en el uso y conocimiento de las disciplinas mudejares. Poco despues, elevado al trono de Castilla otro niño, cuyas débiles manos apenas podian sostener el robusto cetro de los Fernandos y Alfonsos, hallaba en la prudencia de la ilustre viuda de don Sancho el Bravo amparo, para mantener la integridad de su reino.

Fué el primero en atacarla á la muerte del padre de don Fernando IV, acaecida en 1295, el rey Muhammad II de Granada, el cual, tomando parte por los Cerdas, en union con Portugal, Francia y Aragon, pasó la frontera de Andalucía. Vencióle al principio el maestre de Calatrava; pero habiendo logrado ventajas sobre el infante don Enrique, tutor del rey, hubiera dado la ley al soberano de Castilla, sin la decision de don Alonso Perez de Guzman. Ufano por demás el mahometano con las ventajas obtenidas, propuso al infante, para cesar en la guerra, que le fuese otorgada la ciudad de Tarifa, demás de veinte castillos fuertes y mil escudos, sin contar el perdon de cuatro años de las párias acostumbradas. Todo fuera prometido y todo llevaba camino de cumplirse por el infante, si suspensas en el entretanto las hostilidades, no desestimara el concierto don Alonso, poniendo valor en el ánimo de la reina, quien se negó á ratificar tratado de tan poca honra.

Cansado de esperar el granadino, resolvió á su vez apoderarse de Alcaudete, con que cobró la última conquista el rey difunto, y despues de sitiár y estragar á Jaen, tomó á Quesada á viva fuerza. Puso término á la guerra su muerte con sucederle Muhammad III, sobrenombrado Al-Majlue, príncipe poco afortunado, quien volvió á solicitar el favor de los cristianos contra los Benu-Merines.

Moria tambien dicho monarca en 1309, y desobligado don Fernando con los sarracenos, que habian vuelto á sus naturales alianzas, puso sitio á Algeciras, mientras asediaba á Almería el rey de Aragon ¹; pero prolongándose aquel sitio considerablemente, despachó el monarca castellano á Gibraltar á don Alonso Perez de Guzman y al arzobispo de Sevilla, los cuales rindieron su fortaleza, haciendo salir á sus moradores. Temiendo el rey de Granada por Algeciras, apresuróse á demandar la paz, no sin ofrecer la entrega de Bedmar y Quesada, junto con cincuenta mil doblas de oro. Túvolo á bien el rey, como quien deseaba aprovechar la revuelta del arraez de Málaga contra su señor, para ganar á Tempul y Alcaudete, empresa á que dió cima, so color de proteger al rey de Granada.

Disponíase don Fernando en Jaen á juntar sus gentes á las del sultan granadino contra el rebelde arraez, cuando le alcanzó la muerte á 7 de Setiembre de 1312 ².

1 Aben Jaldon (texto árabe, t. II) dice: «Dirigió contra la ciudad muchas máquinas de guerra, de las cuales una, que era de madera, tenia la figura de una torre, y excedia en tres toesas la altura de los muros. Incendiada esta torre, hizo socavar un subterráneo que llegase á la ciudad, bastante ancho para admitir de frente veinte caba-

llos; mas como los sitiados hiciesen una contramina, se dió un combate terrible debajo de la superficie de la tierra».

2 Por equivocacion sin duda, no advertida oportunamente por los primeros editores, la *Crónica de don Alonso XI* pone el fallecimiento de este príncipe en 1310.

CAPÍTULO II.

Entrada de los infantes de Castilla en la vega de Granada.—Conquista de Algeciras.—Batalla del Salado.—Turbulencias en Granada por la sucesion al trono.—Hospitalidad de los castellanos.—Alianza de Muhammad ben Yusuf con don Pedro de Castilla.—Muerte de Abo-Said.—Auxiliares musulimes de don Pedro en las guerras que sostuvo hasta su muerte.

Muerto el rey don Fernando, encendióse en deseos el arraez de Málaga de aprovechar el desamparo del monarca granadino; y en tanto que hacia sus aprestos militares para una expedicion contra los cristianos, despachaba á su hijo Ismael á sitiar á aquel principe en su capital, empresa á que puso feliz remate, forzándole á salir precipitadamente hácia Guadix, antes que pudiera socorrerle el infante don Pedro con las fuerzas castellanas. Acudieron estas á castigar al usurpador, entraron amenazadoras por la frontera, cobraron á Rute, y, despues de haber abastecido el asilo del fugitivo monarca Nasr Abo-l-Gioyux, tomaron con máquinas y varios linajes de invenciones las fortalezas de Cambil y Algauardo.

Ganoso de contener aquellos progresos el nuevo rey de Granada, discurrió tentar un golpe de mano sobre Gibraltar, ejecutándolo con tan poca fortuna como desmañada osadía, puesto que retrocedieron los musulimes, y dejaron al infante don Pedro internarse hasta Pinos, agregada la fortaleza de Tixcar al territorio castellano. Volvió despues el infante á entrar victorioso por la vega de Granada, acompañado de su tío don Juan, con que ambos se dieron á correr la tierra, ganando los castillos de Alcalá la Real, Illora y Moclin, y estragándolo todo, hasta que pasada la puente de Pinos, pusiéronse delante de Granada, sábado

víspera de San Juan Bautista de 1317. Parecía haber sonado la última hora del reino granadino; tan resueltos se hallaban los infantes á concluir para siempre con aquel perpétuo motivo de alarma y desasosiego para los habitantes de Castilla. Pensábanlo así muchas personas cuerdas; pero la Providencia divina, que habia dispuesto conservar por algunos años más aquel crisol de la lealtad y religiosidad españolas, mostró por los sucesos cuán frágiles son los propósitos de los hombres, cuán vanas sus empresas y esperanzas cuando el favor de Dios no los sostiene.

Sucedió que no pudiendo pelear los soldados castellanos, presa del cansancio y de calor insufrible, é indisciplinadas, además, las gentes de don Pedro delante de una fuerza considerable de ginetes, á las órdenes de Ostman Aben-Abi-l-Ola (don Ozmin), murió aquel caudillo sofocado de fatiga, á cuya noticia, afligido de dolencia mortal el otro infante, hubieron de retirarse todos, no sin algun color de fuga y en espantoso desconcierto.

Gozaron al tanto de respiro los musulimes, hasta entrado el año de 1323, época en que peleando al frente de los castellanos el ilustre don Juan Manuel, derrotó al bizarro don Ozmin á las márgenes del Guadalhorce. Siguiéronse á dicha victoria no menores triunfos por parte de don Alonso Onceno, príncipe apuesto y de gallardas disposiciones, quien inauguró su reinado con apoderarse de Pruna, Ayamonte y Torre de Alfaquin, destruidas también en el Estrecho las fuerzas coligadas de granadinos y Benu-Marines. Con todo, posesionado dicho príncipe de la fortaleza de Teba, vino en otorgar paces al rey Muhammad IV, concediéndole permiso para sacar de Castilla ganado y víveres, á condicion de pagar el venticinco por ciento y doce mil doblas de párias; pero habiendo prohibido despues la extraccion por las discordias de los almojarifes, que hicieran el asiento, recelando el monarca granadino de la pujanza y buen término á que llegaban las cosas de los cristianos, entregó el puerto de Algeciras á los Benu-Marines, para que hubiesen entrada franca al territorio de la Península. No mejoró por esto la situacion de los sarracenos, antes apoderándose de allí á poco los castellanos de los fuertes que dependian de la ciudad, interceptaban la comunicacion más inmediata con las costas mogrebina.

Lleno de inquietud Muhammad pasó á Fez á conferenciar con el sultan Abo-l-Hacen, quien persuadido de la constante amenaza, que hacian desde Gibraltar los cristianos á las plazas fuertes de su reino, despachó

con él á su hijo Abo-l-Melic, llevando á su mando cinco mil hombres, sin otros contingentes de guerreros voluntarios, que debian acudir á su llamamiento.

Cuando estuvieron reunidas todas las fuerzas atacaron á Gibraltar con tan buena suerte que la tomaron por asalto, dando la vuelta Abo-l-Melic á los tres dias. Llegó al siguiente don Alonso con ejército respetable; pero abastecida la ciudad por Abo-l-Melic, hallábase aparejada para sostener un sitio difícil y prolongado.

Con todo, acudieron á la defensa de la plaza los príncipes sarracenos, como persuadidos de la importancia que tenia para su seguridad la posesion de la misma, dado que por su parte el granadino, no queriendo fiar la conservacion de ella á la dudosa suerte de las armas, procuró satisfacer á don Alónso con la entrega de los tesoros que traia ¹.

Rota la tregua asentada con Muhammad IV por la prematura muerte de este príncipe, pudo la habilidad del africano prorogarla aun cuatro años más en favor de granadinos y marinitas, logrando para los primeros la exencion de las párias anuales, concesion desusada hasta entonces, y de que no habia ningun ejemplo en los fastos de la monarquía nasarita. Testifica semejante condescendencia, hasta qué punto tenían debilitado el poderío del soberano español las rebeldías de don Juan Manuel y de don Juan Nuñez de Lara.

Sin satisfacerse por eso Abo-l-Hacen, no aguardó siquiera á la conclusion de la tregua para encargar á su hijo que preparase una expedicion contra el territorio de Castilla, golpe que procuró parar don Alonso, concertando paces con el de Aragon y solicitando del Pontífice socorros espirituales, no olvidado el ofrecer reparos á la audacia creciente del príncipe de los Benu-Marin (Abo-l-Melic), quien fué acuchillado y muerto.

Encendido en deseos de venganza el anciano sultan, al par que resuelto á no demorar un punto la empresa que meditaba, cayó sobre Algeciras (junio de 1340) con imponente ejército de muslimes, aumenta-

¹ Aben-Jaldon, que refiere este suceso (*O. C.*, t. II) disimulando la humillacion del muslim, dice que el cristiano le recibió á pié y con la cabeza descubierta en señal de respeto; pero el hecho de recibir dinero por

retirarse confirma la narracion de nuestras crónicas sobre el vasallaje ofrecido por el moro, mediante la entrega de dos plazas fuertes, cincuenta mil doblas de oro y las párias acostumbradas.

do por las haces del rey de Granada, quien llegó inmediatamente á incorporársele. Contando con la seguridad del triunfo, descuidó el africano el conservar la línea de buques que habia apostado al pasar de África, circunstancia que utilizó don Alonso, interceptando con diez y siete bajeles cuantas provisiones venian por el Estrecho. Presentábase amenazadora la expectativa del hambre para los sarracenos, los cuales en vano seguian el asedio de Tarifa con todos los ingenios é invenciones de la época. Avanzaba en tanto don Alonso en compañía de su suegro el rey de Portugal, para prestar auxilio á la plaza sitiada. Luego que hubieron llegado á la Peña del Ciervo, que separa el río Salado de la ciudad, pusieron orden en lo de introducir en su recinto gente de guerra que robusteciese su presidio, mientras juntábase por la marina el almirante de Aragon á algunos buques de la escuadra castellana.

Dispuestas las cosas de este modo, penetraron en Tarifa á beneficio de una noche oscura los infantes don Enrique y don Tello con otros capitanes y gentes, que unidas á las de la ciudad pudiesen sostener la batalla, si se empeñase con los sarracenos. Acertaron estos á atacar la parte extrema de la columna, á la sazón en que ponía remate á su atrevida empresa; mas temerosos de la indignacion de Abo-l-Hacen engañáronle sobre el número de los que habian entrado. En su consecuencia, al comenzar al día siguiente el combate, salieron los de Tarifa á saquear el real de Abo-l-Hacen y asesinaron los niños y princesas, crueldad inútil, cometida contra toda voluntad de don Alfonso, quien se indignó despues con los autores de semejante atentado. Añadieron á estos horrores el incendio, á cuya vista acudieron los musulimes, que fueron rodeados por todas partes. Quedó en el campo 'prisionero un hijo de Abo-l-Hacen, y entre las riquezas del botin hallábase un Alcoran muy estimado, el mismo en que leia el califa Otsman, cuando fué muerto, y que se habia guardado en otro tiempo cual reliquia en la mezquita de Córdoba. Tan grande fué la derrota del Salado, que los musulimes solo señalaban á Abo-l-Hacen en el otro mundo la reparacion de tanta pérdida.

Aprovechó la victoria don Alonso, sitiando á Alcalá la Real, que hubo de entregarse á discrecion, y talando las tierras de Illora y Priego, ganó muchas otras fortalezas en el reino de Granada, conquistado casi á las puertas de la capital el castillo de Moclin por el arrojo y buena diligencia de don Alonso Fernandez Coronel.

Sabidos los nuevos triunfos por los soberanos musulimes, humillóse á pedir gracia el granadino, en tanto que encendido en enojo el rey de Fez, no se iba á la mano en sus orgullosos alardes; manifestaciones de todo punto inútiles, pues ni movieron más al nieto de don Sancho el Bravo las reiteradas súplicas del uno que las amenazas del otro.

Queriendo el último tentar fortuna por los mares, vió desbaratada su escuadra por la castellana, capitaneada por Gil Bocanegra, sumergidos sus bajeles y bloqueada por mar y tierra la ciudad de Algeciras, llegando tan al cabo el asedio, que ofrecieron evacuarla sus defensores, mediante capitulacion honrosa. Otorgóse la don Alonso, quien despues de cumplir fielmente ¹ las estipulaciones y asientos que se pusieran, despachó libremente la guarnicion á África.

Habia solicitado el vasallaje, desde los conciertos para la toma de Algeciras (1342) el monarca granadino Abo-l-Hagiag Yusuf, y ganoso asimismo Abo-l-Hacen de dar algun sosiego á sus guerreros, doblaron sus rendimientos con don Alonso, á fin de que aceptadas las párias del primero les concediera treguas por diez años; pero aunque las obtuvieron del monarca de Castilla, creyéndose este libre del compromiso por la esparcida fama de la muerte de Abo-l-Hacen y advenimiento de Abo-Einan su hijo, reanudó su alianza con el de Aragon y puso sitio á Gibraltar, andando el año 1349. Apretaba rigurosamente el sitio con esperanza de recobrarla, cuando murió de peste, segun la opinion general, dado que no falte quien asegure que de tósigo proporcionado por los musulimes.

Sabida su muerte por los sitiados, respetando los alarbes el dolor de los guerreros de Castilla, suspendieron espontáneamente las hostilidades, cortesía que estimó en mucho don Pedro, viniendo á poco en hacer las paces que con encarecimiento le demandaban.

Mientras ganaba de esta suerte Abo-l-Hagiag el afecto del rey de Castilla, resfriábase la amistad entre los soberanos musulimes, disgustado Abo-Einam de la acogida que aquel diera en su reino á sus hermanos Abo-Salem y Abo-Fadl, y reclamando enérgicamente la extradicion de este último. El granadino con ánimo generoso aconsejó al príncipe pasar á Castilla, donde favorecido por don Pedro, quien le prestó una nave para su partida, halló medio de desembarcar en Sus, al propósito de hacer la guerra á su hermano (1350).

¹ Aben-Jaldon. *Ibidem*.

Por todos estos motivos no tenia límites la cólera de Abo-Einam contra el rey de Granada, puesto que le enfrenara algun tanto el temor de que contaba con el auxilio de un aliado tan poderoso cual era don Pedro, el soberano de Castilla. Andaba en tratos con el rey de Aragon para hacer la guerra á ambos monarcas, cuando le atajó en sus planes la muerte.

Á consecuencia de este suceso llegaron embajadores á Granada á reconocer al otro hermano de Abo-Einam, llamado Abo-s-Salem, quien viéndose contra su voluntad compelido á permanecer en aquel reino por la sinrazon del gualí Reduan, el cual desde la muerte de Abo-l-Hegiag, acaecida en 1354, tenia las riendas de aquel estado, logró fugarse á Castilla, donde la generosidad del hijo de don Alonso le dió medios para pasar el Estrecho.

Afeó Abo-s-Salem los comienzos de su reinado con durísimo proceder para con sus parientes, que deportó en masa á Ronda, donde fueron asesinados, á excepcion de un su sobrino, llamado Muhammad, quien halló asilo seguro en los dominios del rey don Pedro de Castilla. No de otra manera, el pais que se creia vejado por la administracion de un príncipe destempladamente severo, aparecia como puerto de salvacion para los sarracenos oprimidos. En Granada, mal regida generalmente por el influjo de una aristocracia militar orgullosa, no cesaban de reproducirse turbulencias por los pretendientes al trono. Ocupado este por Muhammad V con el favor del ministro Reduan, contra la última voluntad de su padre, disputósele su hermano Ismail, favorecido por su cuñado Abo-Said, magnate de la sangre real y además rico é influyente, el cual forzó al monarca reinante á que buscase un asilo entre los Benu-Marines.

Hasta aquí permanecia ajena á cuanto pasaba en Granada la intervencion de Castilla; pero asesinado á poco Ismail por el astuto Abo-Said, que se alzó con el trono, incurrió este en las iras del hijo de don Alonso, contra el cual buscaba el reparo de la alianza aragonesa. Encendido en cólera don Pedro, pidió á Abo-s-Salem que permitiera pasar á Castilla al monarca depuesto; mas como desatendiese su demanda, resolvió apoderarse á viva fuerza de cuantas plazas conservasen los de Benu-Marin en la Península. Compelido á ceder por este medio el africano, vino al fin en permitir á su huésped la vuelta á España, despidiéndole con muy ricos dones y gentes, que le acompañasen hasta la corte de don Pedro. Al poner la planta en Castilla encontró en ella al

jefe de los marinitas voluntarios del Islam, quien habia permanecido durante su destierro entre los cristianos, entre los cuales tenia tanto credito y autoridad que alcanzó por su recomendacion, que el rey Muhammad pudiera establecerse en el pais de Ronda, recientemente conquistado por las armas castellanas. De allí á poco acometió la empresa de recobrar sus estados, prévias capitulaciones que ajustó con el monarca de Castilla, prometiendo entregarle las ciudades que se rindiesen por fuerza de armas, con reservar sólo para sí las que le recibieran voluntariamente. Firmados estos asientos, adelantáronse contra Antequera y talaron la vega de Granada, donde ningun sarraceno se movió á la aproximacion de su antiguo soberano. Menos felices aun en otra entrada, quedaron prisioneros en poder de los agarenos algunos cristianos y el maestre de Calatrava, á quienes envió libres y sin rescate el rey Bermejo Abo-Said, deseoso de atraerse por este medio á adversario tan poderoso.

Sin desarmarse por tanto don Pedro, dirigióse por su parte con todas sus fuerzas contra Granada, y en dos entradas que hizo consecutivamente, tomó á Cesna, la Sagra y Benamexí, ganando además el Burgo, Hardales, Cañete, Turon, las Cuevas y otros castillos.

Con tales pérdidas comenzaron los musulimes á murmurar del rey Bermejo, señaladamente los de Málaga, que levantándose contra él abiertamente, enviaron á llamar á Muhammad V. Al anuncio de la revuelta tomó consejo Abo-Said de un señor de Benu-Marin llamado don Edrix Aben-balba ¹, quien fiando excesivamente en la generosidad del soberano que reinaba en Castilla, aconsejó á su señor que pasase á implorarle á su tierra. Aprobado por bueno el dictámen, proveyóse Abo-Said de ricas joyas y otros objetos muy preciados, y acompañado del dicho don Edrix y de otros cien caballeros, pasó la frontera cristiana.

Llegados á Sevilla, significó don Edrix al rey don Pedro que venia su amo á su merced para que fallase en el pleito, que mantenía con Muhammad, cual señor que era de los reyes granadinos, suplicándole en el caso en que no decidiera á su favor se sirviera ponerlos á salvo á él y á su comitiva, facilitándoles el pasar allende el mar, en tierra de moros ².

¹ Aben-Abi-l-Ola, hijo del don Ozmin, que ganó la victoria de la Vega y fué vencido por don Juan Manuel en Guadal-

horce.

² Véase el discurso en Ayala, *Crónica* año treceno, cap. IV.

Prometió el rey discurrir medios de conciliar el bien de todos; pero arrepentido al parecer, ora movido de enconados resentimientos, según manifestó después, ora por miserable codicia de las riquezas que traía el rey Bermejo, como pretenden muchos, le alanceó en persona ¹, después de despojarle de sus joyas, sacándole á los dos días al campo de la Tablada con treinta y siete de sus caballeros, que también recibieron muerte. Esta ejecución, que recuerda involuntariamente la de María Estuarda de orden de Isabel de Inglaterra, puesta la diferencia que pertenece á la diversidad de pormenores y costumbres, fué afeada justísimamente por moros y cristianos. Solo pareció agradecérsela el rey Muhammad, quien reconocido por todos los de su reino, respondió á la embajada encargada de presentarle la cabeza del rey asesinado con un mensaje de magníficos presentes, y no solo se apresuró á renovar las antiguas pías, pero también asistió á don Pedro en la guerra de Aragón, enviándole un auxilio de mil seiscientos caballos ².

Fué la primera empresa en que se emplearon aquellos auxiliares el sitio de Valencia, dirigido contra los aragoneses. Cercábala don Pedro en 1365, y aguardaba acampado en el Grao la venida de su flota, cuando llególe aviso que el de Aragón se adelantaba á socorrerla. Caminó á encontrarle el castellano con sus ginetes y seiscientos moros de Granada, mas por una acertada evolución del enemigo, logró este penetrar en la ciudad y abastecerla de todo lo necesario.

1 Al sentirse herido, dicen que exclamó en arábigo el rey Bermejo: «¡Oh qué pequeña caballería hiziste!» Durante la muerte de sus caballeros un pregonero colocado cerca, de orden del rey de Castilla, decía de esta suerte: «Esta justicia manda fazer nuestro señor el rey á estos traidores, que fueron en la muerte del rey Ismail, su rey y señor». Ayala. *Ibidem*. Halló gracia don Edris respecto de su vida ante don Pedro, aunque fué recluido con los otros, permaneciendo de esta suerte hasta que burló la vigilancia de los que le guardaban. Ministranos algunos pormenores de su fuga la *Historia de las tribus berberies* por Aben-Jaldon. «En el año de 766 (1364—1365), dice el eminente historiador africano (*O. C.*, texto árabe, t. II), intentó un muslim de la gente de

addechchan (من أهل التّجن) facilitar la evasión de Edris, á cuyo intento tenía un caballo siempre aparejado en frente del lugar, donde se le custodiaba. Sucedió al fin que logró romper sus cadenas y taladrar el muro, llegando á poner el pié en el estribo, con lo cual, aunque perseguido de cerca, entró en el territorio sarraceno, donde no dejó de recibirle bien el rey Muhammad, autorizándole para pasar á Ceuta».

2 Estos caballos, mandados por don Farax ben Reduan, fueron destinados á Murcia, adonde el rey los recomendó al concejo, para que les diesen buen trato. La carta de recomendación puede verse en Cascales, *Discursos históricos*, págs. 135—136.

Despues pensó don Pedro en apoderarse de Orihuela, como lo ejecutó á poco, no pudiendo estorbar, sin embargo, que tomase desquite el de Aragon con apoderarse de Murviedro.

Agradecido el castellano al servicio de los moros auxiliares, que desde luego habia alojado en Murcia, no cesaba de recomendarlos al concejo de esta ciudad, puesto que impusiera graves penas á los que sin licencia de su caudillo don Farax, diesen la vuelta hácia sus hogares ¹.

La decidida adhesion de los mismos, que no bastó á librarle de las desgracias que le amenazaban, logró no obstante encizañar en contra suya el ánimo mudable del vulgo.

Hallábase el rey legítimo en Sevilla en los momentos de la primera invasion de don Enrique, y hacia sus preparativos para pasar á Bayona, cuando comenzó á hacerse asonada en la ciudad, pretextando que venia Muhammad á auxiliarme y que entraria en la capital con su ejército. Tan arraigada se hallaba en todos la creencia de que el muslim no abandonaria á don Pedro, aunque los demás le faltasen.

Con todo, se amistó Muhammad con don Enrique, al punto de enviarle mensajeros para prorogar las treguas, bien que pareciese reparar posteriormente esta falta, cometida por debilidad que no por desvío, auxiliando á don Pedro hasta sus últimos dias. Con arreglo á los pactos asentados con dicho soberano, acudió á su auxilio en la segunda entrada de don Enrique con grueso ejército de peones y ginetes ². Fuerte con su ayuda, púsose don Pedro sobre Córdoba, que mantenía por don Enrique el maestre de Santiago, y aun llegó á tomar la Calahorra y el alcázar viejo, empresa en que se distinguió un moro llamado Aben-Falluz ³, quien despues fué sultan en África; pero alentados por el temor de las demasías de los musulimes, volvieron los cordobeses á desalojarlos, resistiendo con valor un segundo sitio.

No contenidos los sarracenos por respeto alguno cubrían de desolacion los lugares, dándose á hacer fuerzas por todas partes, robando y matando á los cristianos, casi á vista de su rey, cosa tan fuerte de sufrir á hombres valientes y leales, ni menos á los castellanos de aquella

¹ *Ibidem*, pág. 142.

² Segun la *Crónica* completa de Ayala, fueron cinco mil caballos y ochenta mil infantes, aunque la *Abreviada* solo cuenta

cinco mil caballos.

³ Segun Aben-Jaldon, t. II, Aben Ifelluzen, á quien Aben-Al-Jatib habia nombrado jefe de los voluntarios de la fé.